

dos mensualidades de la privada, y el curso tiene diez. ¿Y qué hace una familia con la mujer en una empresa con ERE y el marido tramitando la Invalidez Absoluta por culpa de una enfermedad degenerativa? Hacen números y ven que yendo bien el sueldo apenas llega, y yendo mal, directamente no llega. No hay otra alternativa: o se lanzan a la piscina confiando en que Dios aprieta pero no ahoga (que es mi opinión) o le dan un año para que suba nota en la próxima Selectividad y le dejan un año pudriéndose en casa instalado en el Facebook y alternándolo con *mujeres y hombres y viceversa*, esa contribución de Tele 5 al deterioro mental de todas las personas que lo ven.

El martes acabó el período de matriculación para miles de familias como la de mis amigos. La decisión no puede esperar. Y lo que más rabia me da es que estos adolescentes vitalicios no son conscientes de que si no espabilan hoy, mañana no tendrán ninguna puerta que les abra el futuro.

¡Déjame! ¡No me rayes! ¡plasta! Grita hoy domingo el adolescente tirado en su cama con la cabeza cargada por la resaca del último botellón.

Xavier Solanas



Lunes, 30

El efecto placebo en el Hospital de Consultas Externas

Hoy es la primera vez que me han visitado por el sistema reglamentario en el nuevo edificio de consultas externas del Hospital, y me ha gustado. No es la primera vez que había estado (estuve durante las obras y en la inauguración), pero sí como usuario. Pocas aglomeraciones, todo muy bien indicado y a la hora fijada la Dra. Otermín atendíendome afable.

¡Qué distinto a la última vez que acudí al antiguo edificio de las Consultas Externas! Un laberinto que sólo conocían bien los empleados y los usuarios crónicos de aquellas plantas sin luz natural.

Luego cada médico te tratará como sea. Que cada uno es hijo de sus padres o del vecinó. Los hay mejores y no tan buenos. Atentos y no tan atentos; pero el marco de la atención es importante. Existe un efecto placebo tan subjetivo como real.

Hace unos años, hasta mediados de la pasada

década, las Consultas Externas acaparaban las quejas de los usuarios. Luego fue el servicio de Urgencias quien le cogió el testigo, y ha sido la primera línea de fuego de todas las tensiones hasta que la irrupción de la crisis ha hecho que, paradójicamente, hasta las Urgencias sean menos criticadas, porque los usuarios parece que tenemos más paciencia y los profesionales, aguante. Es una apreciación si quieren subjetiva, pero bien real, porque un medio de comunicación es un buen termómetro de la tensión social, y esa bilirrubina ha bajado. La actual hipertensión social no tiene que ver con la salud, sino con el miedo. Un temor que incluso paraliza las protestas que en otro momento hubiera producido el alargamiento de las listas de espera.

Existe un factor psíquico que explica este fenómeno que los sociólogos sabrán explicar mejor que yo, pues algo parecido ocurrió con las aceras críticas de los usuarios a las antiguas consultas externas. Fue iniciar las obras de construcción de este edificio, que se acallaron las críticas y curiosamente se desplazaron a las Urgencias. Ahora ni eso. Todos nos hemos vuelto mucho más pacientes y comprensivos ante este proceso de marcha atrás que todos estamos viviendo. Y en esta dinámica del retroceso general, encontrarse en este *palacio* de la salud suena a lujo y si no pueden curarte (a veces la salud es un misterio para la propia medicina), al menos sales con un plácido y relajante efecto placebo.

Miércoles, 1

Ayer fue el último día de la matriculación, ¡qué descanso!

Me gusta que mi hijo menor se haya matriculado en la Universidad para estudiar el Grado de Educación Primaria. Lo que toda la vida ha sido Magisterio, ahora tiene el rango de Licenciatura, pero a mí me continúa gustando más el nombre de Magisterio, me resulta entrañable y familiar. Lo bueno de hacer un Grado es que cuando se acaba la carrera si aquí no hay trabajo te puedes ir al extranjero. El título está homologado para ejercer la profesión en cualquier país de la UE. Y tal y como está el panorama le veo hacer las maletas. No será el primero, aunque en mi casa sí será el último.

El chico estudió la Primaria en el *Salvador Espriu*. Era buen estudiante, y cuando dejó el *Espriu* decía que de mayor quería ser maestro. Cambió de opinión cuando aterrizó en la EMT para hacer eso que llaman ESO. La adolescencia es una edad mala para todos: para los padres y para los alumnos, pero también para los profesores.

El que no sabe ganarse la autoridad (la autoridad no se tiene, hay que ganarla), se convierte en un chiquilicuatre en manos de treinta mocosos que se creen los reyes del mambo, porque han descubierto que fumar un *piti* les hace mayores. Y pudo comprobar que estos mocosos tenían muchos *chiquilicuatres* de quien mofarse. Así que cambió de opinión. Ya no quería ser domador.

Josep Garcia

En casa se le había dicho que una ingeniería era una carrera con futuro. Las matemáticas le iban bien. El dibujo y el inglés, también. Son las tres herramientas básicas que necesita un ingeniero. Así atendió el consejo de un tío suyo, ingeniero jefe de una multinacional inglesa que sabía de que hablaba. Pero la cosa se empezó a torcer en tercero con el cambio de profesor de matemáticas. Si la nota media que tenía de *mates* era un 8, con el profesor-tutor bajó a cerca del suspenso. No era la excepción, sino la regla de los compañeros de aula. Aquel hombre explicaba las matemáticas, aunque Dios no le había concedido esa gracia. Las clases se convertían en un jeroglífico, dos años con este profesor fue tiempo más que suficiente para odiar la asignatura, y lo que eso representaba, adiós a la ingeniería.

Yo me cabreé con el profe de lengua catalana de tercero de ESO.

Un día mi hijo en la mesa me dijo que entendía que el IRA cometiera atentados terroristas para liberar Irlanda del Norte de la bota británica. Le pregunté por qué y me contó la novela autobiográfica de un irlandés militante del IRA que les había hecho leer el profesor de catalán. Me cabreó mucho tener que explicar a mi propio hijo que el terrorismo es injustificable siempre. Y le hablaba de Irlanda, naturalmente, pensando en España.

Lo del profesor *amargado* de su profesión, era de libro. Un día me trajo una grabación de móvil del cachondeo de la clase mientras el profesor estaba en la pizarra ajeno al esperpento que protagonizaba.

En segundo de bachiller me pasó una que además de herir el amor propio, dañó gravemente la imagen que de mí tenían mis hijos. Me explico: El chico sacaba buena nota en primero de Filosofía. Le gustaba el método del profesor modelo 'El Club de los Poetas Muertos', pero ¡ay amigo!, en segundo de bachillerato le cayó encima un ladrillo. Fue una angustia que duró un año. Al contrario que su colega del Club. Intelectualmente era un coco sólo que tenía un problema: aspiraba a que sus alumnos se convirtieran en unos papagayos. Había que responder con las mismas palabras y comas dictadas por él. Yo creía que el chaval exageraba, así que lo puse a prueba. Le hice un ejercicio sobre Nietzsche que le arruinó la nota: 0,5. Y eso que lo trabajé antes de responder. Quise demostrar a mi hijo que para sacar buena nota lo que hay que hacer es leer y demostrar que has entendido lo que has leído. El tiro me salió por la culata. El *problema* no era yo, mi hijo o Nietzsche; sino él. No aspiraba a tener alumnos, sino una granja de cacatúas.

Con estos antecedentes entenderán por qué mi hijo tenía la cabeza echa un tambor revolucionado de una lavadora averiada, igual que sus padres. Por eso hoy miércoles, el día después, cuando el *nen* se ha matriculado, toda la familia ha respirado tranquila. *¡Si es que hoy puede respirar tranquila alguna familia!*